

La Casita de Piedra donde murió la Virgen María

Cerca de Ephesus, en Bulbul-dag o Colina del Ruiseñor, Turquía.

Por **Mario Williams García***

“María, Dios te ha escogido, te ha hecho pura y te ha preferido entre todas las mujeres del universo”.
Sura III, 37. El Corán.

En Turquía empieza y termina la Biblia, sin embargo, la mayoría de sus más de setenta y tres millones de habitantes profesan la fe musulmana, y solo un cinco por ciento son católicos. En Turquía, se realizaron siete concilios, reunión de obispos. Pero, qué duda cabe, su visitante más ilustre fue la Virgen María, la Madre de Dios.

María, la madre de Jesús de Nazaret, tras la cruel y salvaje muerte de su hijo unigénito, vivió tres años en Sión, otros tres en Betania y los nueve restantes de su existencia terrenal, en Bulbul-dag o Colina del Ruiseñor, a la derecha de Ayasuluk, hoy Selçuk, entre el monte Pión y la llanura en forma de herradura alrededor de Éfeso; a la izquierda, el mar y la isla de Samos, cerca de la costa. Con estas referencias o coordenadas de la monja-vidente alemana Ana Catalina Emmerich, se encontraron, el 29 de julio de 1891, las ruinas de la Casita de Piedra, donde vivió y murió la Virgen María, en Turquía.

La Madre Superiora, sor María de Mandat-Grancey, de la comunidad religiosa Las Hijas de la Caridad, a mediados de 1890, se encontraba prestando sus servicios en el hospital francés de Esmirna, Turquía. Como parte de sus actividades estaba la lectura que realizaban en el refectorio. En esa época se había popularizado, entre los

→
El recinto fue declarado objeto de peregrinaje por el papa Pío XII.



“Creo que la muerte de la santa Virgen tuvo lugar en la hora novena, la misma que la muerte del Señor”.

religiosos, un libro de una monja alemana estigmatizada, Ana Catalina Emmerich, en el cual se narraba “la vida oculta de la Virgen María”, según la autora, mismo que era resultado de revelaciones de la propia Virgen María y de Jesús a ella. Estas incluían los días finales y la muerte de la madre de Jesús de Nazaret, así como la muy detallada descripción del lugar donde estaba la Casita de Piedra en la que había vivido, entregando, además, datos muy precisos que permitirían su ubicación. Tal era

el carácter de Sor María de Mandat-Grancey, que, ante la acogida del libro, especialmente en su comunidad, y dadas las revelaciones extraordinarias que contenía, decidió pedirles a los sacerdotes Lazaristas Jung y Poulin, que enseñaban en el colegio del Sagrado Corazón de Esmirna, los que acudían al hospital a celebrar la santa misa, que comprobaran la autenticidad de lo que decía el libro sobre la ubicación de la Casita de Piedra. Ambos eran poco amigos de darle crédito a lo que expresaba el libro, por lo

FOTOS FABIOLA PIÓN NAVARRO



que, brújula en mano y con la compañía de un trabajador, el 29 de julio de 1891, emprendieron su expedición, siguiendo los datos del libro de la Emmerich. “María no vivía en Éfeso mismo, sino en una comarca a unas tres horas y media de Éfeso, donde ya estaban instaladas algunas de sus íntimas. La morada de María estaba en una montaña que está a la izquierda según se viene de Jerusalén. La montaña cae hacia Éfeso con fuerte pendiente viniendo del sureste... únicamente era de piedra la casa de María, y detrás de ella hay un trecho corto de camino que sube a la cima rocosa del monte, desde la cual se ven, por encima de las colinas y los árboles, Éfeso, el mar y muchas islas”. Así le había sido revelado a la Emmerich, en la mañana del 13 de agosto de 1822. Estas eran las ‘coordenadas’ que entregaba el libro, mismas con las que contaban los sacerdotes Jung y Poulin. La expedición llegó casi al mediodía de ese 29 de julio a la montaña, y encontraron unas mujeres en tareas agrícolas, al pedirles agua, estas les dijeron que no tenían, que si bajaban al monasterio, allí



El autor de la crónica, con Fabiola Pión Navarro, en un monumento a la Virgen, antes de llegar a la Casita.



Abajo, el bello paisaje de Esmirna, de donde se toma un tren para ir a Éfeso, primera estación, rumbo a la Casita, en Bulbul-Dag.

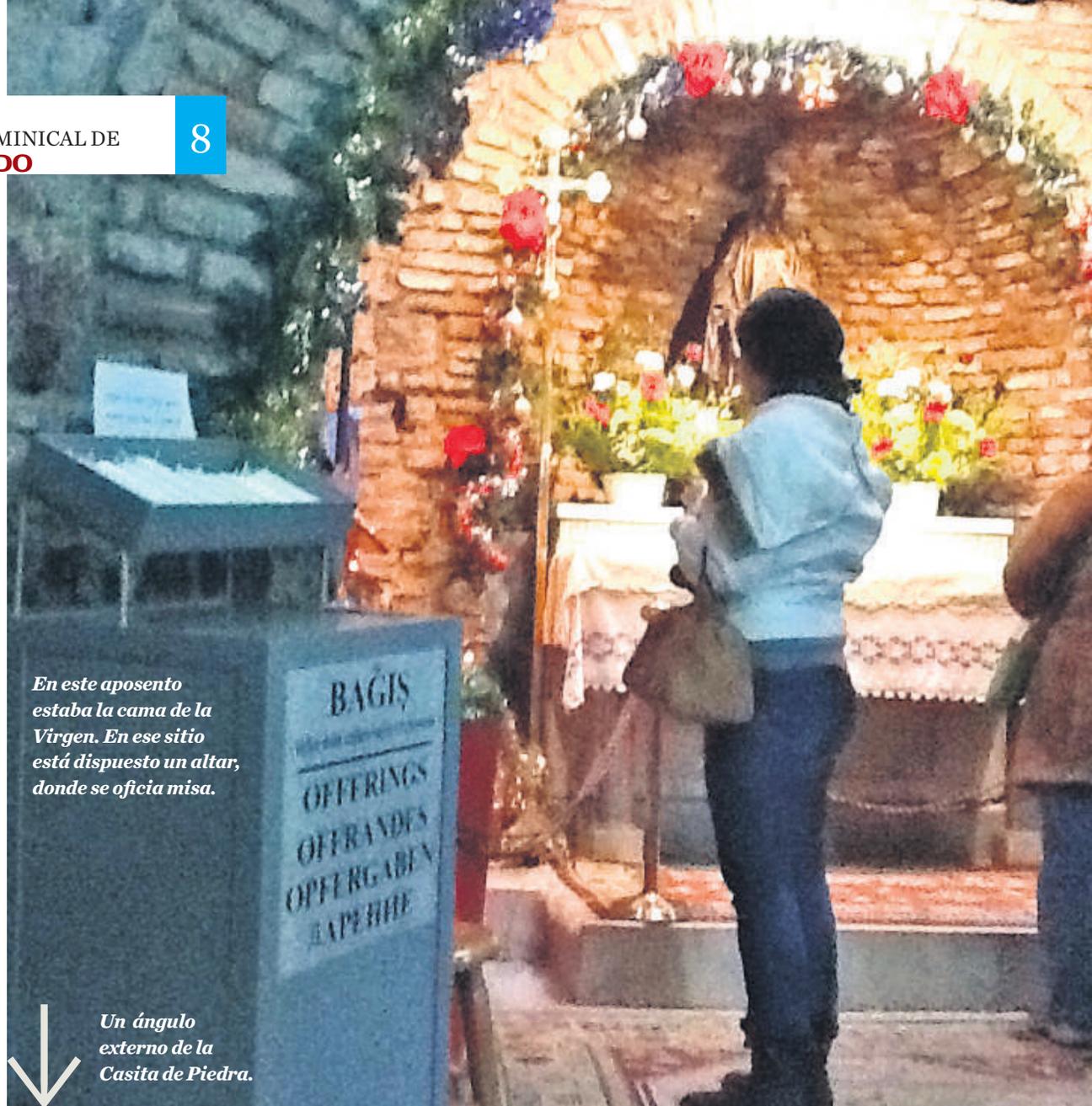
podían conseguirla. “¡Cuál no sería su sorpresa cuando al acercarse al manantial descubrieron los restos de una casa, más aún, de una capilla, medio oculta por los árboles! Inmediatamente pensaron en el libro de la Emmerich: la meseta... las ruinas... las rocas escarpadas... la montaña detrás... el mar delante... ¿No será la casa que estamos buscando?, pensaron casi con temor”. Continuando el ascenso a la cumbre de la montaña divisaron a la derecha Ayasuluk, hoy Selçuk, el monte Pión y la llanura en forma de herradura alrededor de Éfeso, a la izquierda el mar, la isla de Samos, cerca de la costa. “Toda posible duda se desvaneció”. Después de este feliz descubrimiento, le siguieron a la primera expedición dos más, a las que debe sumarse la del 1 de diciembre de 1892, dirigida por Monseñor Andrea Timoni, quien expresó: “Ha llegado el momento de decir al mundo cristiano: juzgad vosotros mismos si lo que se ha encontrado es o no es la casa en la que vivió la Virgen durante su estancia en Éfeso”.

Las palabras de Jesús en la cruz, tanto a María como a Juan: “Madre, he ahí a tu hijo, hijo, he ahí a tu madre” constituyen para Juan la orden suprema de acompañar por siempre a la Virgen María, lo que cumplió hasta sus “...sesenta y cuatro años menos veintitrés días...”, que según la monja Emmerich, era la edad de la Virgen a su fallecimiento. Juan la lleva a Éfeso “...cuando los judíos pusieron a Lázaro y sus hermanas en el mar”. Es él quien le construye la Casita de Piedra en Bulbul-Dag o Colina del Ruiseñor, adonde ya habían huido, tras una violenta y salvaje persecución, otras santas mujeres y familias cristianas que vivían en cuevas de tierra o roca. La zona era como un pequeño paraje cuyas viviendas quedaban cerca unas de otras, a no más de quince minutos entre ellas.

A la Virgen María la asistía en sus urgencias cotidianas una criada, y una doncella que a veces la acompañaba. En sus días finales, dado que María ya no tomaba sus alimentos, solo consumía “...una cucharadita de zumo que su doncella exprimía en el taburete junto a su lecho de una fruta parecida a las uvas, compuesta de bayas amarillas...”. A la Santísima Virgen, antes de su fallecimiento o “dormición”, como también se le ha llamado, el apóstol Pedro le dio la extremaunción “...más o menos de la misma forma que se hace en nuestros días. Con el óleo santo de la cajita que sostenía Juan, la ungió en la cara, manos, pies y en el costado, donde su ropa tenía una abertura para que no quedara al descubierto lo más mínimo... después Pedro le dio el Santísimo Sacramento...”, el virgen Juan, como lo llamaba María, le da el Cáliz, al recibirlo “...entró en María un resplandor, volvió a caer como extasiada y ya no habló más”. Entonces ocurrió uno de los hechos más extraordinarios

de la cristiandad: su Asunción. “Desapareció el tejado de la celda de María, la lámpara colgaba libremente en el aire, y pude mirar dentro de la Jerusalén celestial cómo, a través del cielo abierto... bajaron dos superficies de Gloria como nubes de luz, en las que aparecían muchas caras de ángeles y entre las que fluía una vía de luz hasta María. Vi por encima de María una montaña resplandeciente, que entró en la Jerusalén celestial, hacia la cual María extendió sus brazos con infinito anhelo y vi que su cuerpo se levantaba con todos sus envoltorios tan alto por encima del lecho que se podía mirar a través por debajo. Vi salir su alma de su cuerpo como una pequeña forma de luz infinitamente pura que ascendía flotando con los brazos alzados por la vía de luz que subía al cielo como una montaña de luz... Los coros de ángeles de las dos nubes se juntaron de detrás de su alma y se cerraron separándola de su santo cuerpo, que en ese momento de la separación volvió a caer en el lecho con los brazos cruzados sobre el pecho”. Es así como le fue revelado por la Virgen María a Ana Catalina Emmerich, lo que le da a ese relato una vigorosa y nutrida fuerza espiritual que permite comprender cómo María, siendo la madre de Dios hecho hombre, lo es de este en su condición humana y divina. Qué duda cabe, pero la Santísima Virgen, más allá de su propia santidad y castidad, le da la vida a Jesús, vida que es del Espíritu Santo. En Jesús, por tanto, se da una unión hipostática, cien por ciento hombre, cien por ciento Dios, pero no escindida, sino convertido en una única e integrada persona, como lo definió el Concilio de Efeso del año 431.

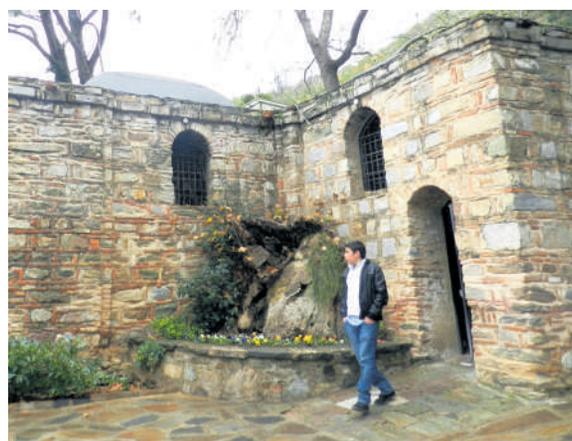
De igual modo, la escritora mística italiana María Valtorta, del siglo pasado, cuya obra está contenida en cerca de quince mil folios, titulada *El Evangelio como me ha sido revelado*, tiene notables coincidencias con las revelaciones también hechas a Ana Catalina Emmerich. La mística monja alemana nos ilustra acerca de cómo seguía ese ascenso de María al cielo hasta llegar justo a la Santísima Trinidad, en cuyo camino encuentra varias almas y ve a “... Joaquín, Ana, José, Isabel, Zacarías y Juan el Bautista. Pero ella se elevó a través de todos hasta el trono de Dios y de su hijo, quien, irradiando más luz por sus heridas que por toda su aparición, la recibió con amor divino y la (sic) hizo entrega de una cosa que parecía un cetro...” Ana Catalina también narra cómo fue la preparación, por las mujeres, del cuerpo de María para la sepultura, indicando que “... trajeron lienzos y plantas aromáticas para embalsamarla a la manera judía...”, mientras estas hacían su encargo, los apóstoles “...rezaban en el coro en la parte delantera...”. Pasaron el cuerpo de María a una cesta que tenía muchas colchas o tapices tejidos, dice Enmmerich.



En este aposento estaba la cama de la Virgen. En ese sitio está dispuesto un altar, donde se oficia misa.



Un ángulo externo de la Casita de Piedra.



Ana Catalina, que era analfabeta, cuenta con la asistencia del célebre poeta alemán Clemente Brentano, quien se convierte, por espacio de seis años, en su secretario para recopilar y sistematizar las revelaciones que Jesús y la Virgen María le hacían. La Emmerich nos cuenta que un grupo de cinco mujeres prepararon el cuerpo de María, que le cortaron unos rizos para recuerdo. Que vio cómo estas mujeres lavaban el cuerpo de ella. Le lavaban el cuerpo

con reverencia y respeto, y no fue desnudada mientras lo hacían. Luego el cuerpo fue envuelto, para lo cual se utilizaron lienzos y vendas, en todo el cuerpo con excepción de su cabeza, manos, pies y el pecho. Nos dice también que Pedro y Juan, con indumentarias episcopales, habían dado a los apóstoles la comunión y luego fueron a ungir el cuerpo de la Virgen María, empezando por “... la frente, el centro del pecho, las manos y los pies...”. Al terminar los apóstoles, las mujeres continuaron preparando el cadáver. Le pusieron ramitas de mirra en varias partes del cuerpo “... y la envolvieron con las vendas sujetas bajo los brazos como una gran muñeca de trapo (sic)”. Luego fue colocada en un féretro que llevaron inicialmente Pedro y Juan, y luego vio, Ana Catalina, que la llevaban seis apóstoles, adelante Santiago, el Mayor y el Menor; en la mitad Bartolomé y Andrés, y atrás Tomás y Mateo. Entraron el féretro a la cueva sepulcral, en el que se quedaron orando todos completamente abatidos y agobiados por el dolor inmenso, hasta que llegó la noche, cerraron el sepulcro, asegurándose de que nadie pudiera entrar. La Emmerich asegura que los

que se dirigían a la Casita de Piedra vieron una poderosa iluminación sobre el sepulcro de María: “Era como si bajara del cielo hasta el sepulcro una vía de luz en la que venía una figura fina como si fuera el alma de la Santísima Virgen, acompañada de la figura de Nuestro Señor. El resplandeciente cuerpo de María, reunido ya con su alma resplandeciente, se levantó del sepulcro resplandeciente y se elevó al cielo con la aparición del Señor”. Así concluye Ana Catalina Emmerich el aparte relacionado con la muerte de la Virgen María. Gracias a sus visiones y revelaciones fue posible ubicar la Casita de Piedra, que hoy visitan muchas personas de diversas partes del mundo y que las amables gentes de Turquía, especialmente de Esmirna, llaman “Meryemana Evi”, que en turco significa “la Casa de la Madre María”.

LA LLEGADA

Habíamos dejado Barcelona, justo el mismo día del manipulado pronóstico de los Mayas sobre el fin del mundo. Llegamos a Esmirna después de hacer conexión en la bella Estambul. Nuestro hotel estaba en frente de la estación del tren y muy temprano en la mañana siguiente nos dirigimos a Selçuk. Fue un recorrido tranquilo en unos trenes de fabricación coreana, pero muy superiores a los franceses, daban la sensación que se deslizaban sobre el aire, sin sentir la fuerza de fricción de las ruedas de hierro con los rieles del ferrocarril. Al llegar a Selçuk visitamos las ruinas de la primera Basílica del apóstol San Juan y después tomamos el taxi que nos llevó a Bulbul-dag, pues era un encuentro que anhélábamos con todas las fuerzas de nuestro corazón. Nos acompañó una pertinaz lluvia que solo nos abandonaría al término de nuestra visita, para lo cual Kemal, nuestro taxista, estaba preparado con los paraguas necesarios. Un pequeño sendero nos lleva hacia la Casita, el cual está escoltado por vendedores de reliquias, incluida Artemisa, y también por reseñas históricas del lugar en más de diez idiomas. Al estar frente a la Casita de Piedra la emoción era cercana al éxtasis. ¡Estar en la casa de la Virgen María, de la Madre de Dios! ¡Qué bendición! La Casita te inspira un recogimiento que envuelve tus sentimientos en una atmósfera de amor, felicidad y plenitud, que encontró mayor regocijo al terminar el Santo Rosario. La hermosa humildad y sencillez del lugar nos enseña la esencia verdadera de la Iglesia de Cristo. Al ingresar a la Casita se está en lo que era la habitación de María; al fondo de la misma, la cabecera de su cama, que hoy es el altar de la pequeña capilla en la que se ha convertido la casa de la Madre de Dios. La habitación siguiente era la de su criada, la separa una abertura en forma



Cuando el actual Papa Emérito Benedicto XVI visitó el lugar, el 29 de noviembre de 2006, dejó este rosario.

de arco, que era la singular invención romana en la construcción, no solo de sus acueductos, sino también de sus casas. Las paredes estaban con el color natural de la piedra que las formaba, más bien rústicas, con el reflejo iluminado de la sencillez; su techo en forma de semicúpula y el piso cubierto por alfombras. Saliendo tuvimos un encuentro adorable con el padre franciscano Antonio –nacido en Argentina, pero llevado a Italia desde los tres años y que aún conservaba un español impecable– que se ofreció a tomarnos unas fotos y nos hizo un obsequio extraordinario, el libro del padre Oriano Grandella sobre la historia de la Casita de Piedra. Después de conocer al padre Antonio, nos encontramos el velatorio donde era inevitable colocar una vela por la esquiua paz en nuestro país. Luego encontramos la fuente a cuya agua se le atribuyen milagros, y en frente de la Casita, pero descendiendo de nivel, una pared donde los fieles escriben a la Virgen sus peticiones y deseos.

VISITAS PAPALES

La Casita de Piedra ha recibido la visita de tres papas: Pablo VI, el 26 de julio de 1967; Juan Pablo II, el 30 de noviembre de 1979, y Ratzinger, el 29 de noviembre de 2006. El muy querido papa Juan Pablo II beatificó a Ana Catalina Emmerich el 3 de octubre de 2004.

Por su parte, el papa Pío X, en 1914, ofreció indulgencias plenarias a los peregrinos que

visiten la Casita de Piedra.

ÉFESO Y EL CONCILIO

La Éfeso de la época de María y Juan era una ciudad de enorme importancia, por ser la capital de la provincia proconsular de Asia del Imperio Romano, y, además, era un gran centro comercial, religioso y portuario. En Éfeso se encontraba el famoso templo Artemision, de Artemisa Polimaste, y es, justamente, esta circunstancia que le generó innumerables dificultades y peligros a la vida del apóstol Pablo. No en vano se le puede leer “...en Éfeso he combatido hasta las bestias”. Sin duda, fue una muy titánica labor la de impulsar la fe de Cristo en un contexto en el cual la floreciente artesanía de Éfeso, gracias a Artemisa y la elaboración de sus réplicas, impulsaban la fuerte actividad económica de los plateros. Era natural que Pablo fuera para los negocios de estos una amenaza, por lo que debió salir huyendo de Éfeso para salvar su vida. En Éfeso, María tuvo su primera iglesia, la Theotokos, que significa Madre de Dios, y la que se construyó en el siglo IV, en una antigua bodega del siglo II.

El tercer Concilio Ecuménico de Éfeso del año 431 tiene la importancia extraordinaria de juzgar al Patriarca de Constantinopla, Nestorio, por negar este que a la Madre de Jesús se le llamara Madre de Dios, en razón de que, ella era la Madre de lo humano de Jesús, pero no de su condición divina. Por su parte, el patriarca Cirilo de Alejandría, que después llegaría al santoral de la Iglesia Católica, presidió el Concilio en el que se proclamó como dogma que María es la Theotokos, es decir, la Madre de Dios.

Mil quinientos diecinueve años después se ratificaría la decisión del Concilio de Éfeso, el primero de noviembre de 1950, el papa Pío XII declaró el dogma de la asunción de la Santísima Virgen en cuerpo y alma al Cielo. Así lo hace en la Bula Munificentissimus Deus: “...pronunciamos, declaramos y definimos ser dogma divinamente revelado, que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, terminado el curso de su vida terrena fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial”. La Casita de Piedra, un año más tarde, sería declarada objeto de peregrinaje por el Papa Pío XII.

La visita a la Casita de Piedra en la Colina del Ruisenior es una sensible y maravillosa experiencia espiritual, que contribuye a consolidar nuestra condición mariana. {L}

*D.E.A. en Derecho de Medio Ambiente, Universidad de Alicante - España
Federación Interamericana de Abogados, con sede en Washington, D.C.
Miembro Senior
www.centrodepensamientoambientaldelcaribe.org